

## DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO ( CICLO A )

Los capítulos 14-18 de San Mateo nos presentan a la Iglesia, como primicias del Reino de los Cielos; los cuatro primeros en su sección narrativa; el último, el 18, como un discurso eclesial. La perícopa evangélica de hoy es casi el final del capítulo 14: *Jesús camina sobre las aguas y Pedro con él.*

Cabría una pequeña introducción a esta parte del capítulo 14: “ *Después que se sació la gente...* ” Los que siguen a Jesús no quedan defraudados, aunque la motivación es quizá demasiado material, corporal, visceral.

También hay que tener en cuenta que quizá el episodio narrado resulta un poco singular, de tal manera que muchos comentaristas proponen que su contexto original sería después de la resurrección. No les podemos quitar toda la razón, pero quizá nos resulte su contexto exacto, si tenemos presente su carácter simbólico. Los discípulos en la barca representan a la Iglesia, de la que Jesús nunca está lejos. Pedro adquiere un puesto de mayor relieve. Se afirma claramente su posición entre los Doce.

Pedro le contestó: “ *Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua* ”... *pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: “ Señor, sálvame ”...* ”; *¿ Qué poca fe! ¿ Por qué has dudado? ” En cuanto subieron a la barca amainó el viento.* Aquí Pedro no se presenta en nombre propio, no habla como individuo, sino como representante de los demás. Así lo veremos en el capítulo 16,16-20, en la Profesión de fe; también en el capítulo 17, 24-27, en el Tributo del Templo pagado por Jesús y por Pedro.

La fe de Pedro busca su apoyo más en el milagro, en la evidencia, que en la palabra de Jesús. La fe de Pedro es todavía imperfecta, pues se mueve no en el poder de Jesús, aunque no haga milagros, sino en el resplandor de lo extraordinario y milagroso. Mateo quiere resaltar la fragilidad de la fe de Pedro, de la Iglesia. Pedro, representante de la Iglesia, se debate entre la confianza en Jesús y el miedo. Pedro, como todo hombre, se siente seguro en lo espectacular de la fe, en su grandiosidad externa, no en su poder interno.

La 1ª lectura, tomada del primer libro de los Reyes, nos ayude a entender los caminos del Señor: “ *Pasó antes del Señor un viento huracanado, que agrietaba los montes y rompía los peñascos: pero en el viento no estaba el Señor. Vino después un terremoto, y en el terremoto no estaba el Señor. Después vino un fuego, y en el fuego no estaba el Señor. Después se escuchó un susurro. Elías, al oírlo, se cubrió el rostro con el manto y salió a la entrada de la cueva.* ”

Las palabras últimas 14, 33: “ *Y los que estaban en la barca se postraron ante él diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios* ”, pronunciadas por los discípulos son las mismas que pronunciará Pedro en nombre de los Doce ( Mt 16,16). No es casualidad que éste sea uno de los títulos preferidos por Mateo para referirse a Jesús.

Hemos indicado el protagonismo de Pedro y el significado de la Confesión de los discípulos ante Jesús. Quizá sea conveniente presentar de una forma global la intención de este relato, que nos sigue resultando un tanto extraño. Este relato está muy impregnado de la piedad del salmista: “ *Se hicieron a la mar con sus naves, comerciando por todo el océano, y vieron las obras de Yahvé, todas sus maravillas en el piélago. A su voz, un viento de borrasca hizo encrespase a las olas; al cielo subían, bajaban al abismo... Pero clamaron a Yhavé en su apuro, y él los libró de sus angustias. A silencio redujo la borrasca, las olas se callaron a una* ” ( Salmo 107,

23-32). Jesús es presentado ejerciendo el control divino sobre las aguas del caos, símbolos de las potencias del mal. Jesús tiene el poder de salvar a sus discípulos.

En la multiplicación de los panes, Jesús se había dado a conocer como el Mesías a la muchedumbre. Caminando sobre el mar al estilo de una teofanía o cristofanía, Jesús se revela a los discípulos que le reconocen como el “*Hijo de Dios*”

Pudiéramos tener la impresión de que este milagro tiene como finalidad única la demostración de la divinidad de Cristo. Su carácter simbólico nos orienta hacia otras dimensiones. El poder del mal no será superior a las fuerzas de la Iglesia. En el Antiguo Testamento, aunque sea en textos poéticos, se describe la soberanía de Yhavé, recurriendo también al dominio que tiene sobre las olas del mar “:...*porque el mar fue tu camino, por las grandes olas tu sendero*” ( Sal 77,20).

“*La barca, que estaba ya muy lejos de la orilla, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario. Al final ya de la noche, Jesús se acercó a ellos caminando sobre el lago. Los discípulos, al verlo caminar sobre el lago, se asustaron... Pero Jesús les dijo en seguida: ¡ Animo! Soy yo, no temáis*” ( vv. 24-27). Podemos entender estos versículos a la luz de la misma Biblia. Las olas y el mar representan en el Antiguo Testamento las fuerzas del mal que Dios vence con su poder ( Sal 77; Job 9,8; 38, 16).

Su manifestación a los discípulos tiene todos los rasgos de los relatos de apariciones: la escena tiene lugar de noche, lo mismo que la resurrección del Señor; Jesús viene a los suyos ( Jn 20,19); los discípulos creen ver un fantasma ( Lc 24, 36-38); finalmente, Jesús se presenta afirmando su identidad: no temáis, soy yo. “ *Soy yo, no temáis*” recuerda las garantías que Dios da a un pueblo de poca fe en el Segundo Isaías: “ No temas, pues yo estoy contigo, no te inquietes, pues yo soy tu Dios...Yo soy quien te dice: “No temas, yo mismo te auxilio” ( Is 41,10.13.14).

La segunda lectura es un texto de la Carta a los Romanos 9, 1-5.

Los capítulos 9-11, aunque son una composición paulina auténtica, es un “cuerpo extraño” en la Carta, añadido quizá por algún redactor. Se supone que interrumpe la continuidad entre Romanos 5-8 por una parte y Romanos 12-15 por otra, pues se da por supuesto que este último pasaje es una homilía bautismal que encaja perfectamente a continuación de Romanos 5-8, donde tanta importancia tienen el bautismo y sus efectos. En el capítulo 9 pueden distinguirse cuatro secciones: el problema de la incredulidad de Israel ( vv.1-5); las promesas de Dios a Israel fueron el resultado de una elección gratuita (vv. 6-13); Yhavé tiene derecho a elegir ( vv. 14-24) y la vocación y la infidelidad de Israel están anunciadas en el AT ( vv. 25-33). Sería muy interesante analizar estos cinco versículos; pero nos alargaríamos demasiado. En *Cristo*. Pablo se expresa sinceramente como cristiano, sin resentimiento alguno contra los judíos, que quizá le han causado molestias o le han acusado de desleal. *Quisiera incluso ser un proscrito lejos de Cristo*. Pablo estaría dispuesto a arrostrar el más penoso de los destinos: “ ser separado de Cristo, por la salvación de sus hermanos los judíos”. En esto se hace eco de la plegaria de Moisés por los rebeldes israelitas ( Ex. 32,32). *Ellos descienden de Israel*. Procede a enumerar todos los privilegios relacionados con este nombre, siete en total: Filiación; presencia gloriosa; alianza; la ley; el culto; las promesas y los *Patriarcas*. A esta enumeración de las siete prerrogativas de Israel se añade la culminación: Cristo, el descendiente por excelencia de su raza.

El ser de Dios rompe todos los moldes de todos los pueblos. Dios se sirvió de un pueblo concreto para revelarse mediante su Hijo; pero todos los pueblos son ahora el Nuevo Israel.

